

HOMENAJE AL GENERAL PERRIER

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen III
1936*

El veintisiete de junio pasado tuvo lugar en el salón principal del Observatorio Astronómico Nacional una sesión extraordinaria de la Sociedad Geográfica de Colombia con el objeto de recibir en forma solemne al eminente hombre de ciencia, General Georges Perrier, huésped ilustre de la capital, como miembro honorario de la Sociedad.

A este acto asistieron, en representación del señor Presidente de la República, los Ministros de Educación Nacional y de Relaciones Exteriores, doctores Darío Echandía y Jorge Soto del Corral, respectivamente; el Ministro de Francia, Excelentísimo Sr. Alfred Blanche y su secretario Sr. Barón Jean de Boisberranger; el Jefe de la Oficina de Longitudes, Dr. Julio Garzón Nieto; el Director del Observatorio Astronómico Nacional, Dr. Jorge Álvarez Lleras; el Presidente de la Academia de Historia, Dr. Daniel Arias Argáez; la mayor parte de los miembros de la Sociedad Geográfica; distinguidos oficiales del Ejército y muchos otros caballeros bien conocidos en nuestros centros intelectuales. Acompañaba al general Perrier el Mayor Ernesto Buenaventura, en representación del ministro de Guerra.

El Presidente de la Sociedad, Dr. José Miguel Rosales, abrió la sesión a las tres y media de la tarde, con las siguientes palabras:

Señor Ministro de Educación Nacional;
Sr. Ministro de Relaciones exteriores;
Señor General Perrier;

Señores:

Para la Sociedad Geográfica de Colombia es motivo de singular agrado, Señor General Perrier, presentaros un atento saludo de bienvenida, precisamente en este edificio, consagrado por el recuerdo de insignes patriotas y hombres de ciencia: Caldas y Camilo

Torres, Acevedo Gómez y Baraya, Miguel de Pombo y el canónigo Rosillo quienes, al amparo de esta rotonda se reunían en las calladas noches santafereñas, anteriores al 20 de julio de 1810, a discutir los planes revolucionarios que dieron por resultado la emancipación de un Continente.

Y, posteriormente, sabios franceses, ilustres predecesores vuestros, hicieron de este recinto aula máxima del saber y centros de investigaciones científicas.

Queda, así, la cortedad de nuestro agasajo ampliamente compensada con el lustre de vuestra presencia en este asilo histórico de meditación y estudio y cuna de nuestras libertades.

Para vos, señor, que venís del cerebro del mundo, es natural que tengáis por escaso el acervo de nuestras actividades científicas; pero somos un pueblo nuevo: apenas van trascurridos ciento veinte años desde que se dio en Bogotá el grito de independencia, siguiendo a éste un lapso de largo y continuo batallar hasta el triunfo decisivo en Boyacá¹ Tal fue la obra de Bolívar; más vino después la no menos fecunda de Santander, quien si como guerrero secundó los designios del Padre de la Patria, como legislador perfiló esta educación nuestra a la vida civil, que ha distinguido a Colombia a través de su historia. Santander entronizó la democracia entre nosotros y suya es aquella admirable frase: «Si las armas os dieron independencia, la ley os hará libres», frase que, según concepto de un Presidente norteamericano, debiera estar grabada con letras de oro en el frontis de todos los capitolios del mundo.

Durante los tres primeros siglos de la dominación española, ya sea por atonía de los gobernantes o ya porque así lo exigía el sistema colonial de la Península, nada se hizo por el desarrollo de las ciencias exactas y experimentales, hasta que, a mediados del siglo XVI la Corona tomó la iniciativa con el envío de la famosa expedición del Brigadier Don Joaquín Francisco Fidalgo, quien, al mando de los bergantines Empresa y Alerta, abrazó el derrotero de nuestras costas del Caribe desde el golfo de Maracaibo hasta la bahía de Chagres, con la descripción de las numerosas islas, puertos, ríos y ensenadas que en tan grande extensión se comprenden²; haciendo constar, como es de justicia, que la obra de Fidalgo y de los ingenieros españoles que lo acompañaron, no desmerece, en nada, a lo ejecutado posteriormente por el Almirantazgo inglés.

Y, como si aquella expedición fuese augurio feliz de cultura, algunos años después llega a Santafé de Bogotá el célebre naturalista Don José Celestino Mutis, instigador y jefe de la Expedición Botánica que trabajó por espacio de diez y seis años hasta completar aquella estupenda colección de plantas y de cuadros que en 1801 contemplaban con admiración y respeto el Barón de Humboldt y su compañero, el gran botánico francés Aimé de Bonpland.

¹ El 7 de agosto de 1819. - Boyacá fue la primera de las cinco grandes batallas decisivas de la Independencia. Posteriormente Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho (1824) consumaron la obra redentora de Bolívar.

² La relación de este viaje corre publicada en el tomo I de los documentos inéditos existentes en el Archivo de Sevilla recopilados por el Oral. Antonio B. Cuervo. - Bogotá 1891. — Imprenta de Zalamea Hermanos.

Aun no se había levantado este Observatorio, pero en su lugar, y en el área que hoy ocupan las construcciones vecinas, existía el Jardín Botánico, plantado por Mutis. De este jardín sólo resta el corto espacio que rodea el edificio y un pino secular, testigo de las disertaciones del insigne botánico, quien, a la manera del filósofo de Elea en los pórticos de Atenas, solía discurrir aquí con sus discípulos y colaboradores, los colombianos Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, Francisco Javier Matiz y Salvador Rizo.

De los trabajos de la Expedición botánica y la construcción del Observatorio³ surgió una pléyade de sabios y patriotas, precursores de la intelectualidad colombiana. Es verdad que Nació en España, pero Colombia fue el campo de su gloria. Aquí, en el país de su adopción, vivió los últimos veinticinco años de su vida.

Viene después Francisco José de Caldas⁴; y Mutis, que supo estimar su prodigioso talento desde temprano, le agregó a la Expedición botánica. Destinado para explorar científicamente las regiones del Sur, pasó luego al Ecuador en donde efectuó importantes trabajos de Geodesia, midió alturas y descubrió multitud de plantas. Háblele recomendado Mutis el estudio de la vegetación del reino de Quito, con especial atención el de las quinas, y a este efecto emprendió en 1804 una nueva y extensa correría, no tanto por satisfacer sus instintos de naturalista como por buscar las huellas de La Condamine y Bouguer, en su memorable viaje científico del siglo anterior, cuando estos sabios franceses vinieron a medir un grado del meridiano sobre una región cercana al ecuador terrestre. Quería Caldas comparar sus propias observaciones con las de aquellos académicos y salvar algunas de las reliquias de los destruidos monumentos que allá quedaron para atestiguar aquel trascendental suceso.

Difícil, de todo punto, sería dar, en esta lectura, una cuenta detallada de los trabajos de Caldas, sólo en la región del Ecuador: observaciones astronómicas, hipsométricas, meteorológicas y naturalistas; pero me he detenido en este punto, acaso más de lo que debiera, a fin de mencionar cómo pudo, al fin, hallar y traer consigo una lápida de las que fueron colocadas por La Condamine y sus compañeros y que había servido, por muchos años, de puente en una acequia, y quitada de allí estaba a punto de ser destruida. Caldas describe esta piedra así: «pesa cinco arrobas, diez libras; es de mármol blanco medio transparente; está escrita en latín en caracteres románicos y contiene la distancia al zenit de Tarqui, de la estrella Theta de Antinoo y las indicaciones relativas al lugar en que la

³ El Observatorio se empezó a construir en 1802 bajo la progresiva Administración del Virrey Don Pedro de Mendinueta. Terminado en 1803 no pudo funcionar por carencia de elementos apropiados sino hasta 1805 cuando la Corte de Madrid envió algunos instrumentos que unidos a los que Mutis y Caldas llevaron al Observatorio, pudo el Último dar principio a las observaciones científicas.

- Mutis nació en España, pero Colombia fue el campo de su gloria. Aquí, en el país de su adopción, vivió los últimos veinticinco años de su vida.

⁴ Caldas nació en Popayán en 1780. Fue fusilado en Bogotá en 1816 por su adhesión a la casa de la Independencia. El Gobierno Español hizo poner en la Biblioteca Nacional de Madrid (noviembre de 1924) una lápida de mármol en honor al sabio colombiano.

colocaron estos astrónomos»⁵.

En el itinerario de esta expedición Caldas lamenta la pérdida del vestigio material del trabajo de los académicos franceses y agrega: «Qué suerte tan triste la del viaje más célebre de que puede gloriarse el siglo XVIII Lápidas, inscripciones, pirámides, torres, todo cuanto podía anunciar a la posteridad que estos países sirvieron para decidir la cuestión de la figura de la tierra, ha desaparecido».

A su regreso del Sur, Caldas tomó a su cargo la dirección de este Observatorio, iniciando tareas con la fijación astronómica de la latitud de Bogotá.

Al hablar de nuestro sabio payanés, no es posible pasar por alto su invención del hipsómetro. A este respecto dice el actual Director del Observatorio lo siguiente: " Caldas fue el primero que noto la estabilidad de la columna barométrica en la zona ecuatorial y las variaciones de la temperatura en la ebullición del agua a diversas alturas sobre el nivel del mar, por cuanto él se encontraba en condiciones favorables para hacer esta observación, ya que las variaciones accidentales de la presión atmosférica en las zonas templadas hacían imposible verificar esta experiencia sin ninguna idea preconcebida a este respecto. Ni el mismo Humboldt, quien usaba en sus ascensiones un aparato termométrico que le recomendó Saussure, pudo notar el fenómeno en Europa".⁶

Volviendo a los hombres de ciencia que vinieron a establecer en Bogotá los estudios de Matemáticas, Física y Ciencias naturales, citaré a Goudot que enseñó Zoología; Bergeron, profesor de Matemáticas en nuestra incipiente Escuela Militar; Roulin, profesor de Anatomía; Bourdon que dirigía el Museo Nacional, como parte de la Academia de Ciencias; Boussingault que regentó la clase de Química y a Rivero quien, en asocio del anterior, efectuó observaciones meteorológicas que se publicaron en su obra titulada «Memorias Científicas», editada en Bruselas.

Entre los exploradores y viajeros son dignos de mencionarse el geógrafo Eliseo Reclus, por su esfuerzo de explotación agrícola en la vertiente septentrional de la Sierra Nevada de Santa Marta en 1855, con recursos propios, y por su interesante Geografía de este macizo colombiano; M. M. André y Saffray, cuyas relaciones de viaje se publicaron en «Le tour du monde», y el Conde de Brettes, que en 1891 y 1892, exploró el centro y oeste de la Nevada, colmando una laguna geográfica y económica a la vez, puesto que encontró allí elementos serios de desarrollos y progresos futuros.

El General Joaquín Acosta, Director del Observatorio en 1830, dio notable impulso a los estudios iniciados por los profesores franceses ya citados. Acosta comenzó a estudiar la geología del territorio nacional y fue autor de la primera carta completa del país, publicada en Francia en 1835.

⁵ La lápida que Calda trajo consigo y se ufanaba de conservar en nuestro Observatorio Astronómico, fue trasladada al Museo Nacional y, posteriormente, devuelta al Gobierno en Ecuador que la había reclamado. Hoy está incrustada en uno de los muros de la Universidad de Quito.

⁶ Jorge Álvarez Lleras. Reseña Histórica del Observatorio Astronómico de Bogotá 1931.



Señor General Georges Perrier, miembro honorario de la Sociedad Geográfica de Colombia

Viene después la admirable labor de la Comisión Corográfica compuesta de su jefe, el General Agustín Codazzi, italiano, y de los colombianos Manuel María Paz, ingeniero y dibujan el José Triana, botánico; Francisco Javier Matiz, dibujante de plantas, y Manuel Ancizar, encargado de redactar un texto que diese a conocer la Geografía física y política del territorio. Diez años después, con la muerte de Codazzi, se paralizaron los trabajos de la Comisión, pero la obra fue continuada por los señores Indalecio Liévano, conocido matemático nacional, Manuel Ponce de León y Manuel Marta Paz. Con los datos y mapas de la Comisión Corográfica, la más útil e importante de cuantas ha organizado la Nación con

algún objeto científico, el gobierno del General Tomás Cipriano de Mosquera hizo publicar en París, en 1861, la carta general y el atlas de Colombia, trabajo que fue encomendado al señor Manuel María Paz; y en el año siguiente se imprimió en Bogotá la Geografía de Codazzi, redactada por el Dr. Felipe Pérez.

El mapa de Codazzi es artístico en su factura y nítido en sus líneas, con la apreciable ventaja de mostrar nuestra complicada orografía de una manera clara y precisa. A él pueden hacerse rectificaciones, sin duda, pero con anterioridad a los trabajos de la actual Oficina de Longitudes, presenta el primer cuadro aceptable de la tierra colombiana.

Para Colombia es motivo de orgullo contar entre sus hijos al notable naturalista José Triana, cuyas obras llamaron tanto la atención de los círculos científicos de Europa. Entre ellas se destacan las tituladas «Choix de Plantes de la Nouvelle Grande», «Memoire sur la famille des Guttifères», «Comission Chorographique de la nouvelle Grande» y la «Flora colombiana» en colaboración con el botánico francés Mr. Planchón⁷. Es una gran satisfacción para nosotros el que la obra científica de nuestro compatriota haya sido altamente apreciada en el mundo civilizado. Triana fue miembro de varias academias europeas y por ellas honrado con valiosas condecoraciones. En un Congreso internacional de botánicos celebrado en Londres, ocupó la Vicepresidencia, y de manos de la Emperatriz Eugenia recibió la gran medalla de oro de la Exposición de París, en 1860.

De 1893 a 1919 estuvo este Observatorio a cargo del eminente matemático y astrónomo Julio Garavito Armero, cuyos trabajos sobre Astronomía y altas matemáticas, al ser mejor conocidos le darían a Colombia puesto de honor en el mundo científico. Fue, además, el fundador de la Oficina de Longitudes y primer presidente de nuestra Sociedad Geográfica.

Algunos de los trabajos de Garavito han sido publicados, como el de la «Teoría de la aberración de la luz», «Nota sobre Óptica matemática» y «La paradoja de la Óptica», referentes a los problemas sobre Física matemática propuestos por Arturo Righi, Profesor de la Universidad de Bolonia, y por el astrónomo David Gilí, Director del Observatorio del Cabo, problemas que fueron brillantemente resueltos por nuestro astrónomo. Entre sus trabajos inéditos figuran: «Las ecuaciones fundamentales para entrar al cálculo de unas nuevas tablas de la luna», y muchos otros que sólo aguardan para su publicación el apoyo del Gobierno a fin de poder presentar al mundo científico una obra estupenda de cultura, índice de verdadero progreso.

Son, así mismo, dignos de recordarse los nombres de Ezequiel Uricoechea y Tulio Ospina, geólogos; Rafael Nieto París, matemático y colaborador de Garavito; Santiago Cortés y Carlos Cuervo Márquez, botánicos y Francisco Javier Vergara y Velasco, Coronel de Ingenieros, benemérito de la Geografía nacional.

Y entre los vivientes, notoria es la actividad investigadora de los profesores nacionales, así como la aspiración de nuestros estudiantes a los estudios técnicos, actividad que se deja sentir en las sociedades y academias de antigua y reciente creación, tales como la Oficina

⁷ Profesor de Botánica en la Facultad de Ciencias de Montpellier.

de Longitudes⁸; la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; la de Ciencias de la Educación; la Sociedad de Ingenieros, la de Arquitectos, la de Medicina, la de Arqueología, el Observatorio Meteorológico, el Instituto Geográfico del Ejército, la Academia de Historia, la de Jurisprudencia, la Colombiana de la Lengua, y este Observatorio Astronómico, cuyo actual Director, a pesar de grandes dificultades, no cesa en su propósito de ponerlo a la altura de otros Institutos similares del extranjero.

Por lo que toca a nuestra Sociedad Geográfica, persistimos en la obra que se propuso desde su fundación: difundir el conocimiento de nuestro territorio y de su potencialidad económica a fin de abrir al ciudadano nuevos y hermosos horizontes y ponerle en aptitud de contribuir, de manera eficaz, al bienestar social y al engrandecimiento de la Patria. Para lograr este objeto nos hemos valido de conferencias, publicaciones, monografías y, especialmente, de nuestro Boletín ilustrado, bien conocido ya en todo el país, lo mismo que en los Centros científicos de América y Europa.

Actualmente nuestra Sociedad se empeña en una obra trascendental, cual es la publicación del Diccionario Geográfico de Colombia, para lo cual contamos ya con abundante material disponible y un gran acopio de croquis, planos y mapas, dibujos y fotografías que muestran todos los diferentes aspectos del paisaje colombiano; vistas de poblaciones, edificios y costumbres populares; detalles topográficos, y estudios pasados y presentes; reproducciones de bellísimas acuarelas de la Comisión Corográfica, cuadros de la Expedición botánica etc. En suma, nos proponemos hacer una obra científica a la par que amena, que será la primera, de su género, en Colombia.

Otra de las aspiraciones de la Sociedad Geográfica es la de ensanchar el radio de sus estudios e investigaciones, por medio de un acercamiento más estrecho, si cabe, entre nuestro modesto Instituto y los Centros científicos de los que nuestro ilustre huésped es miembro activo, entre otros: la Escuela Politécnica, la Academia de Ciencias, la Sociedad de Geografía y a Asociación Internacional de Geodesia y Geofísica, de París, de la cual es digno Presidente.

Tal es, a grandes rasgos, Señor General Perrier, el contingente que nuestro país ha logrado aportar a la ciencia en el primer siglo de su vida independiente; y si mi desmañada relación no ha dado una idea exacta de nuestros esfuerzos, por razón de involuntarias omisiones, habréis percibido, al menos, que con la visita de Bonpland en las postrimerías de la Colonia; la traducción de «Los Derechos del hombre», por Nariño; las enseñanzas de vuestros hombres de ciencia en los albores de la República, y la educación adquirida en Francia en los últimos tiempos por muchos de nuestros profesionales y artistas, el espíritu luminoso, creador, de vuestra hermosa Patria ha venido difundiendo claridades en la tierra colombiana, así como los rayos de sol que al deslizarse por entre el ramaje ponen, aquí y allá, toques

⁸ Hoy a cargo del Dr. Julio Garzón Nieto, a cuya inteligente labor se deben admirables obras de Cartografía ejecutadas en esa Oficina.

brillantes de color y de vida sobre el suelo fecundo de la selva.

Ahora, como testimonio de nuestra admiración por los méritos que os enaltecen, me complazco en poner en vuestras manos el diploma que os acredita Miembro Honorario de la Sociedad Geográfica de Colombia.

En seguida el señor general Perrier agradeció el homenaje de la Sociedad Geográfica en el siguiente discurso:

Señor Presidente:

Usted acaba de trazar a grandes rasgos una historia singularmente instructiva del desarrollo de las ciencias geográficas en su Patria. Junto a los nombres ilustres de Mutis y de Caldas, usted ha citado los de muchos sabios eminentes que han consagrado su vida a estas ciencias.

Su país tan extenso, de tan varios aspectos, con un subsuelo que encierra tantas riquezas, de las cuales muchas son todavía apenas sospechadas, ofrece a los amantes de la ciencia geográfica un campo de investigación magnífico, o, más bien, ilimitado. Un porvenir extraordinario se abre para los que sigan despejándolo.

El pasado es un garante seguro del futuro y, sin ninguna duda, nombres ilustres nuevos se añadirán a los que usted ha recordado. En medio de éstos con emoción yo noto muchos nombres franceses: Goudot, de Bergeron, el célebre viajero Roulin, Boussingault, quien concluyó su vida cargado de años y de gloria y del cual sus memorias poco conocidas tienen un sabor tan especial, pues cuando joven, edecán del Libertador, fue íntimo comensal de la sociedad colombiana de entonces; Elíseo Reclus, André y Saffray; el Conde de Brettes, el colaborador de Triana con quien quedó unido el botanista Planchón, por lazos de parentesco. Nombrándome en seguida de personajes de tanto mérito, entregándome el diploma de miembro de vuestra Sociedad Geográfica, ustedes me han tributado un honor tal vez inmerecido, pero que yo acepto con alegría, como testimonio de los vínculos intelectuales que unen a Colombia y Francia. Expreso, pues, mis votos de fecundo desarrollo a todas las obras científicas de gran provecho, no solamente para Colombia, sino para la humanidad entera, a todas sus entidades, unas orgullosas de su glorioso pasado, otras recién nacidas en representantes que veo por primera vez y las otras amigas mías que conozco muy bien por sus títulos científicos. A las Academias Colombiana de la Lengua, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Historia, de Jurisprudencia; a la Oficina de Longitudes, que puede enorgullecerse de la obra de M. Garzón Nieto y de sus colaboradores; al Observatorio Astronómico, más que centenario, cuyo Director actual continúa la obra del general Joaquín Acosta y del gran matemático y astrónomo Julio Garavito Armero; al Observatorio Meteorológico; a las Sociedades de Ingenieros, de Medicina y de Arqueología; a vuestro Instituto Geográfico Militar recién fundado, que bajo el inteligente impulso del doctor Belisario Ruiz Wilches, levantará un mapa topográfico completo para reemplazar al del general Codazzi. Finalmente, a la Sociedad Geográfica de Colombia, fundada en 1903, orgullosa de un noble pasado y muy capaz de emprender grandes obras tales como el Diccionario Geográfico de Colombia, en el cual se concentra una gran parte de vuestros esfuerzos.

Para terminar, cómo podría dejar de hacer notar que todos los trabajos científicos que acabo de enumerar han sido suscitados y verificados por el amor profundo de la Patria que es la característica dominante de la nación colombiana. Habéis recordado, señor presidente, que aquí mismo, antes del 20 de julio de 1810, Caldas, Camilo Torres, Acevedo Gómez y Baraya, Miguel de Pombo y el canónigo Rosillo echaron las bases de vuestra independencia. Profundamente emocionado por este recuerdo es para mí un honor todavía mayor ser recibido por vosotros en este sitio histórico cuna de vuestra libertad.

Al terminar su breve y elocuente discurso, el General Perrier fue objeto de una verdadera ovación por parte de la selecta concurrencia que asistió al acto. En seguida se levantó la sesión. Eran las cuatro y media de la tarde del día 27 de junio de 1936.



Revisado por: FEPP